

Prólogo

“...No puedo decir nada más porque no he estudiado más que esto”. Con esta sorprendente frase, llena de humildad y sabiduría, no frecuente en filósofos académicos, termina esta transcripción de las enseñanzas de Héctor Brunamontini, no sin antes dejarnos una última: “muchas gracias”.

Pero hablando de agradecimiento, me conmueve, en primer lugar, el gesto de su discípulo, Nicolás Martínez, de haber transcripto y de haber dado a la luz las enseñanzas orales del gran filósofo que tenemos entre manos. Cuántas veces magníficas enseñanzas, de grandes sabios que han sido humildes hasta la exageración, se pierden porque sus discípulos no han sabido cuidarlas, darlas a conocer, y tratar, como un tesoro escondido, estas perlas de pensamiento que la providencia ha dejado entre sus manos. Nicolás lo ha hecho, y con ello ha hecho una doble excelsa acción: uno, el agradecimiento y honor hacia su maestro, y dos, compartir sus enseñanzas con todos nosotros. Muchas grandes obras de la filosofía se habrían perdido de no ser por esta actitud, que debería cultivarse más, como una especie de curaduría del arte filosófico. Las enseñanzas de Sócrates, la misma metafísica de Aristóteles, varias de las obras más importantes de Husserl, para dar sólo algunos ejemplos... Y cuántas otras que jamás conoceremos porque carecieron de su amado discípulo, una manera humilde de ser “el pastor del ser”.

La filosofía se reconoce inmediatamente. Por más humilde que sea el filósofo, la gravedad de los temas que trata se manifiesta con la solemnidad de una ceremonia religiosa, por más sencillos que sean sus caminantes. Brunamontini impresiona así desde el primer momento. Vano sería el intento de reseñar o resumir su pensamiento, pero sí podemos mostrar las ventanas de esta nueva casa donde habita el ser.

Ya desde el principio, hablando de Platón, el autor, sin darse cuenta, dice del gran filósofo algo que lo define a él y a toda la filosofía: “se encarnizó y no se resignó”. El filósofo, efectivamente, no se resigna ante lo que “se dice”, “se hace”, “se usa”, ni ante el mal: busca encarnizadamente una explicación, como Platón la buscó ante la muerte de Sócrates, y la explicación ya es un acto de resistencia, un acto de contemplación que, paradójicamente, es la mejor revolución: el pensamiento emancipatorio, que sin querer forzar a las sociedades, empuja sus horizontes hacia adelante y prepara el destino del tiempo futuro. Eso hace Brunamontini.

Sin miramientos, sin falsos edulcorantes, nuestro filósofo plantea al lector la pregunta fundamental: ¿cuál es nuestro destino y nuestra tragedia? Con un dominio total de los clásicos, casi escondido en su orteguiano manejo del lenguaje, el autor nos sumerge en nuestra tragedia: el ser para la muerte, una muerte que en sí misma implica, frente a todo dualismo, que somos cuerpo. La esperanza no está en una inmortalidad de un alma separada, que como tal no es el humano que fuimos, sino en la resurrección, ante la cual Brunamontini deja abierta la puerta de la razón.

Menos aún esconde la densidad de sus preocupaciones ante el tema de la alienación, donde se observa su manejo magistral de la filosofía contemporánea. Ni Hegel, ni Marx, ni Feuerbach, ni Freud, o Fromm o Frankl escapan al dominio enciclopédico de este nuestro Sócrates actual. Pero esa erudición nada sería sin la pasión que lo mueve. Una pasión por la verdadera realización del ser humano. Así, la dialéctica del amo y del esclavo se convierte en una advertencia a no ser esclavos de nosotros mismos, de una existencia inauténtica que

puede invadir el trabajo, el consumo, los medios de comunicación desde la primera invadida, que es la intimidad de nuestro ser. El vacío existencial deja de ser tal con la existencia auténtica que se pregunta por nuestra esencia, pregunta que Brunamontini no deja de hacer porque esa es la tarea profética de todo auténtico filósofo.

Los últimos capítulos “no ceden”. Nuestro actual Sócrates no da tregua. Son una advertencia al abandono que el ser humano ha hecho de lo más esencial de sí mismo. Otra vez, el dominio de la filosofía moderna, pero dominio convertido en servicio docente al lector. Brunamontini asume la dialéctica de la Ilustración, de un racionalismo que, al pretender borrar la trascendencia, no sólo se transforma en una sola voluntad de poder, sino en un nihilismo, en una nada porque se ha quedado sin fundamento. ¿Y cuál es ese fundamento? Nuevamente, una razón que, consciente de sus límites, abre el camino a lo trascendente que no viene de ella misma.

Por eso el tratamiento de Nietzsche, como “profeta del nihilismo” es sublime. Nietzsche no es ese ateo vulgar que algunos han querido ver. Nuestro autor cita a Welte, quien –muy cercano a Heidegger- ve (en el filósofo que quiso estar más allá del bien y del mal) a alguien que en realidad vio en el hombre su radical finitud, “protestada” en no querer ser sólo lo finito, en el imposible querer ser infinito, que tal vez sea posible en un Dios que, lejos de estar hecho a imagen y semejanza del hombre, lejos de ser el “Dios para mí” que denuncia Freud (Ricoeur), es lo inefable y misterioso que nos llama desde lo eterno a dejar de ser, nosotros mismos, una caricatura de Dios.

Si el lector siente que Brunamontini lo sumerge en lo profundo, si siente que nuestro filósofo interrumpe su dormir, es que Brunamontini, es, sencillamente, filósofo. En ese “sencillamente filósofo”, carpintero del pensamiento, como dijo Edith Stein, está la humildad y grandeza de todo filósofo. Humildad porque se sabe humano, grandeza porque toca temas que, tal vez, superen lo humano. En esa tensión radica la densidad de la filosofía, que se convierte en humana sólo por el arte y el juego del lenguaje. En una época donde creemos ver filósofos en falsos y vanos profetas, invito al lector a dejarse llevar por la pluma de Brunamontini, para que redescubra con toda sencillez la noble tarea del oficio del pensar.

Dr. Gabriel J. Zanotti

Universidad Austral, Pilar, Mayo de 2016